

político. Esta situación—si no se olvida que la revolución mundial continúa vigente en el programa ruso—ilumina elocuentemente la serie de afirmaciones pacíficas de los dirigentes del Kremlin.

OTTO DE AUSTRIA-HUNGRÍA

NUEVOS POEMAS DE DAMASO ALONSO

La dedicación íntimamente constante de Dámaso Alonso a la poesía parecía haber culminado, tras un proceso entrecortado, pero seguro, en *Hijos de la ira* (1944). Ante la aparición reciente de *Hombre y Dios* sería conveniente, ante todo, examinar la conexión entre ambas obras, contrastando los caracteres esenciales de una y otra. A pesar de las muchas semejanzas que entre ellas existen—cariz de las imágenes, frecuente tono confidencial, libertad de ritmos, etcétera—se echa de ver en seguida una diferencia fundamental, que afecta a la definición misma que el poeta ha hecho de la poesía como un fervor y una claridad. En *Hijos de la ira* prevalecía el fervor sobre la claridad: el fervor, el hervor íntimo de las pasiones, los afectos y la voluntad en lucha y queja con la inteligencia, hacían de ese ideal de la poesía como claridad una meta, pero no un resultado. Por el contrario, *Hombre y Dios* (1), en su título, en su orden, en su contenido preciso, en su forma y en el estado de ánimo que transparente, refleja la victoria de la claridad sobre el fervor. Parece como si, tras el padecimiento de una violenta tempestad interior, padecimiento convertido en activo y vibrante dolor por el poeta, éste hubiese salido a un ámbito radiante de convicciones.

La claridad, en *Hijos de la ira*, no parecía ser el móvil creador ni el estado poético creativo, sino más bien un destello extremo del fervor. De los impresionantes poemas de aquel libro manaba la poesía como la sombra de un fervor oscuro, como lamento o cántico de un alma casi siempre convicta del desorden elemental del mundo, propensa más a palpitar en ese desorden inspirador que a reposarse en un sosiego admirativo. Dámaso Alonso parecía haber apartado de sí, en aquel *diario íntimo*, y seguramente no sin grave

(1) Dámaso Alonso: *Hombre y Dios*. El Arroyo de los Angeles. Málaga, 1955.

desavenencia con su otro yo, la claridad racional y la fruición que ella reporta. Hundíase en el suelo de los afectos y las pasiones: en el amor familiar, en la ternura filial, en el sentimiento de criatura, en la compasión de sí mismo, por un lado; en el odio, en la ira, el terror o la náusea, por otro lado. Una vigorosa capacidad imaginadora trastornaba o reflejaba fielmente el mundo abismático de la conciencia, ya lúcida, ya ensombrecida, y ahondaba con mirada reveladora en el mundo de la naturaleza, sentido más como contorno problemático que como espectáculo propuesto al goce. Los mismos ritmos libres de que el poeta, con exclusividad, se servía traducían la libertad, la subjetividad, la carencia de orden previo de donde la inspiración nacía. La claridad dependía, casi únicamente, de la mucha luz de las palabras.

Hombre y Dios es, en cambio, un libro claro, delgado, en orden, una obra ajustada, neta, que no proyecta sombra ni emite jadeo: emana luz, despide gracia intelectual. Si todavía revela la inquietación de muchos problemas—y ¿cómo no había de ser así?—mayor es, sin embargo, la fuerza de ciertas seguridades sentidas: la misión del hombre como actor y conductor de Dios, su vehemente deseo de penetración inteligente del mundo, de paz y de verdad para los otros, su positiva concepción de la libertad como creación.

Hemos dicho que *Hombre y Dios* es un libro en orden. No resulta difícil, en efecto, reconocer este orden. En el prólogo, *Mi tierna miopía*, comienza el poeta deseando un desdibujamiento, un ensombrecimiento de las cosas bajo su mirada, a fin de llegar, a través de ese proceso de descomposición

de la realidad (que puede ser tan hosca)
al tercer mundo profundo de
exacta luz y clara poesía.

Son los ojos, los mismos ojos del poeta, los que desfiguran, matizan, velan y hermocean las cosas. Pero esta visión vaga y transformadora—tan necesaria para quien, además de la belleza ideal, conoce y ha gustado la precaria verdad de lo real—reconócese defensiva, quizá débil, acaso cobarde. Por eso, en resuelta contradicción con esta tendencia evasiva, se apresura el poeta a hacer tres importantes retractaciones, pidiendo ahora *ojos de águila*,

ojos-garras, de presa

para ver con la máxima agudeza visual posible el mundo real, duro, pero maravilloso, que Dios ofrece a la inteligencia del hombre; para

ver también dónde, por quién, por qué y en nombre de qué se han vertido sobre la tierra torrentes de sangre; para descubrir, en fin, quién es y qué es ese hombre gris, de alma, de alma gris, ese incomprendible y absurdo hombre moderno

*con sus radios, con sus quinielas, con sus películas sonoras,
con sus automóviles de suntuosa hojalata,
o con sus tristes vitaminas,
mudo tras su etiqueta que dice "comunismo" o "democracia" dice.*

A los pequeños placeres del miope embellecedor y escapista se oponen, pues, tres deseos fervientes: ver claramente el mundo, la razón de las luchas entre los hombres, el sentido del hombre; deseos que se expresan en las tres palinodias del prólogo.

En la parte central de la obra, la que da título a toda ella, *Hombre y Dios*, la idea capital de los sonetos y comentarios que la constituyen es la de que el hombre, criatura de Dios, le es imprescindible a Dios como posibilidad para ver la creación suya humanamente. Dámaso Alonso llega a precisar esta relación entre hombre y Dios, que tan alta dignidad confiere a la misión del hombre, en términos que dejan por un momento el porte poético para quedar en pura desnudez intelectual:

*Mas lo abismal es esto: "que no puede
dejar de verla
como Dios"*

.....
*... para ver, humanamente,
su Creación,
necesita mirarla
a través de mis ojos,
a través de los ojos
del Hombre.*

Esta idea entraña un gran consuelo, una gran satisfacción. Las consecuencias de actitud humana que ella implica se advierten en toda la obra: el poeta se siente movido hacia el goce visual-inventor del mundo, se siente partícipe y colaborador activo de Dios. Se diría que el impregnamiento en el desorden oscuro, el extravío en el caos aparente, todos aquellos motivos de aguda desazón que latían en *Hijos de la ira* y que tan en consonancia estaban con el modo de sentir de suprarrealistas y existencialistas, han desembocado aquí en la consciente autonomía del poeta, pagado de su poder creador. En la postura frente a la creación y también en el predominio del disfrute visual de lo creado, podría insinuarse cierta hermandad de Dámaso Alonso con Jorge Guillén.

Pero, quizá, lo más original y conseguido del libro sean los *Cuatro sonetos sobre la libertad humana*. Rara vez, en la poesía española, se ha cantado a la libertad con palabras tan justas y profundas. La libertad ha sido lema de cierta seudopoesía romántica, abstracción indefinida a la que han tributado adoración, en todo el siglo pasado, muchedumbre de poetas de vacía elocuencia. Por largo tiempo se dejó descansar a la libertad como tema literario. Mucho más tarde, con el existencialismo, se ha promovido toda una filosofía de la libertad humana, dejando muy lejos la libertad política, la libertad romántica. En esta nueva onda de preocupación por la libertad se va desde actitudes sumamente negativas a actitudes positivas. Unos deploran—filosóficamente al menos—la libertad como la condición necesaria e indeclinable del hombre, que le hace ser continuamente pura opción, puro problema. Las derivaciones políticas de la desconfianza en la libertad son conocidas de todos. Otros, en cambio, ven en ese carácter necesariamente libre del hombre su gloria mayor. De esta misma fe es Dámaso Alonso. El soneto II de la tetralogía (*Qué hermosa eres, libertad. No hay nada / que te contraste...*) es un madrigal antológico a ese ideal de la libertad, indudablemente el más elevado y digno ideal del hombre. Nadie dejará de sentirse compenetrado con esta manifestación del verdadero libre albedrío humano, de la libertad interior, que nadie, absolutamente nadie, puede arrebatarnos nunca, ni aun dentro de las circunstancias más adversas:

*¿Que no grite? ¿Mordaza hay preparada?
Venid: amordazad mi pensamiento.
Grito no es vibración de ondas al viento:
grito es conciencia de hombre sublevada.*

El epílogo, *Hombre solo*, es quizá la parte del libro que menos coherencia muestra con la totalidad. Por una parte, en poema tan rotundo como *Ese muerto*, bajo la entusiasmada defensa de “la vida”, hay mucho del paisaje alucinatorio y subterráneo de *Hijos de la ira*, obra a la que se aproxima también por la preferencia de ciertas imágenes y términos. En *Gozo del tacto*, por otro lado, resuena lejanamente el Rubén Darío de los tercetillos goyescos y de las exultaciones sensuales. Y el último poema, en fin, *A un río le llamaban Carlos*, es una meditación desde una perspectiva melancólica y parece algo desgajada de la unidad del libro.

Si señalar influencias, voluntarias o reminiscentes, condujese a algo en un análisis de poesía actual, no silenciaríamos cierto parecido de factura entre algunos sonetos de *Hombre y Dios* y el soneto

unamuniano: convergen en el brío, en la desnudez un tanto intelectualista, y, a veces, en algunas durezas, conscientemente dejadas. Pero, en general, puede decirse que este último libro de Dámaso Alonso afianza y fija su estilo poético. Sabemos que Dámaso Alonso gobierna perfectamente las estructuras métricas y compositivas tradicionales: De esto dan fe casi toda *Oscura noticia* y gran parte de *Hombre y Dios*.

Sabíamos que en *Hijos de la ira* había demostrado un conocimiento delicado de los límites que separan la línea prosaria del versículo, henchido en él de ajustadísimas armonías. Aquí, en los poemas libres de *Hombre y Dios*, sucede lo mismo. Y quien, en la lectura atenta y demorada, ha reconocido una vez la hechura del verso libre de Dámaso Alonso sabe identificarla y distinguirla entre formas parecidas de poetas coetáneos.

Esperamos que la futura colección poética de Dámaso Alonso, *Gozos de la vista*, confirme, como su título deja adivinar, las ganancias de fe humana y divina que *Hombre y Dios* tan bellamente anticipan. Entre tanto, saludamos agradecidos al poeta, por habernos entregado a nosotros, los demás, el fruto de una nueva etapa, de una nueva etapa muy difícil de cubrir en la carrera que va desde el hombre a Dios a través de la poesía. Nada ha perdido: ni humanidad el hombre, ni luz atractiva la idea de Dios, ni fervor y claridad la poesía. Todo ha ganado: serenidad el hombre, cercanía la idea de Dios, y la poesía una espléndida y penetrante claridad.

GONZALO SOBEJANO

LAS SOCIEDADES ECONOMICAS EN ESPAÑA Y EN AMERICA

Sobre la labor desarrollada por las Sociedades Económicas de Amigos del País es frecuente tener una idea más o menos equivocada, debido a que se les atribuye cierto oscurantismo de tinte masónico unas veces, enciclopédico otras: se ha discutido mucho sobre su origen, inspiración, espíritu, ortodoxia y eficacia en el progreso cultural y económico del país.

Hace pocos meses que, sobre este tema, apareció una obra de